

rios en cada barrio, donde el pueblo se pueda reunir, organizar sus actividades y asumir así los compromisos con su propio desarrollo.

Esto exige, por otra parte, descubrir liderazgos locales y animadores de comunidades, y que sean entrenados para el desempeño de sus funciones.

De todo esto se desprende claramente la responsabilidad de los cristianos para volcarse hacia la periferia en un esfuerzo de conjunto. Se trata de una acción verdaderamente misionera que irá a buscar al pueblo disperso y desprotegido de la periferia, reuniéndolo en comunidades y atendiendo a sus necesidades fundamentales para que pueda, de forma progresiva, ir asumiendo la responsabilidad de su propio destino.

Es claro que hay mucho que hacer para mejorar las condiciones de vida de ese pueblo. Y eso se hará, no a través de una acción de pioneros, sino principalmente a través de una participación viva de los esfuerzos públicos y particulares que doten a la periferia de los servicios de saneamiento, educación, salud, transportes y atención a las necesidades fundamentales del pueblo.

Todo esto, sin duda alguna, será un gran factor de dinamismo y acción misionera para toda nuestra Iglesia.

La Evangelización Una Visión Comunitaria

Experiencia Pastoral en Huehuetenango (Guatemala)

Por Daniel Jensen, M.M.

Introducción

Desde que la Iglesia hizo una nueva auto-definición en el Concilio Vaticano II, a nosotros los miembros de la Iglesia (si aceptamos esa definición de ser el Pueblo de Dios, el Sacramento universal de salvación, con más énfasis en el aspecto comunitario de la Iglesia) tenemos que repensar nuestra postura en cuanto a las ideas claves de la Iglesia. Si buscamos una cierta coherencia con ese principio que somos todos miembros de la Iglesia, tenemos que examinar nuestra actitud en cuanto a la evangelización, catequesis, sacramentos, comunidad, autoridad, entre varias. Si aceptamos que existen "semillas del Verbo", nuestra forma de actuar en cuanto a la aceptación del "otro" ha de haber cambiado, a la vez.

En tiempos pasados, nosotros (el clero) pedíamos una respuesta a la palabra que predicábamos, una respuesta dentro del marco que nosotros fijábamos, una respuesta inteligible y comprensiva a nosotros. Pero, ahora, si tomamos en serio los documentos del Vaticano II, la Iglesia (todo el Pueblo de Dios) evangelizamos, predicamos y buscamos una respuesta marcadamente eclesial de acuerdo al espíritu de los documentos conciliares y no solamente clerical.

Nuestro enfoque orientador como cristianos es de acompañar a todos los hombres a la plena realización de que son hijos de un solo Padre, hermanos de Cristo y dueños de la historia. Esta frase pretenciosa contiene dentro de sí, varios elementos que necesitan ser explicitados.

Acompañar no quiere decir ser el capitán del viaje, sino mejor dicho, acompañar a los hombres, ser peregrino junto con ellos. El evangelizador vuelve a la vez a ser

el evangelizado en el proceso de entregar la palabra a otros. Y no es tanto entregarla sino re-leerla con otros. Pablo —al encontrar la realidad de Corinto— una realidad para él tan chocante, tuvo que repensar su presentación del mensaje a la luz de la acción de Dios entre los griegos. En eso, una nueva realidad (en cuanto al mensaje) apareció —no era un mensaje judío, ni griego, ni un mensaje judío-griego— con elementos de ambas realidades entremezclados, pero del conflicto, del choque de las dos realidades (en la persona de Pablo) fue creada una nueva realidad. Proceso a veces doloroso. Las semillas del Verbo ya descubiertas y reveladas producen una planta inesperada.

¿Qué derecho tenemos de pretender ser agentes en este proceso? Como testigos de la Resurrección (en nuestras propias vidas) no podemos mantenernos callados, sino tenemos obligación de pasar las noticias a otros. Los testigos de la Resurrección de Cristo no pueden quedarse indiferentes pues la evangelización es una cuestión de vida y de muerte para la humanidad.

Todos los hombres hacen posible la obra visible de que la Iglesia se extienda al mayor número posible, pero también cualitativamente. No bautizamos con una manguera de bomberos, sino procuramos, con la urgencia de testigos, que el mensaje alcance eficazmente a todas las personas posibles dentro de nuestras capacidades. Esto implica también que hagamos el esfuerzo que el mensaje sea comprensible a todos y posible de responder. Si enlazamos nuestra predicación a una respuesta de manera tan difícil que el pueblo sea incapaz de responder en tal forma, impedimos al mensaje. Por ello, si el mensaje predicado tiene por fin una respuesta dentro de un marco tan institucionalizado que la comunidad debe tener su sacerdote, buscamos una respuesta imposible. No es "llevar a los hombres que viven dentro de los pueblos atendidos por el clero" —sino a todos los hombres—. Nuestra predicación en el pasado ha tenido, aparentemente, por base la suposición que los buenos cristianos asistirán a la Misa los domingos, por ejemplo.

La adhesión a la Iglesia visible siempre ha sido y no dejará nunca de ser una parte de la respuesta a la palabra salvífica. Pero cómo entendemos esa adhesión, esa pertenencia, tiene que ser entendido. Es muy natural y humano suponer que nuestra forma de ser cristianos es la auténtica (admitiendo siempre las posibilidades de otras formas —pero menos valiosas, menos verdaderas. "No es culpa de ellos, pobrecitos . . ."). Por eso, cuando predicamos, es con la intención aún implícita de fomentar una expresión de fe semejante a nuestra visión y práctica. Y para nosotros en estos días ¿es esa visión de vivir dentro de ciertos confines estructurales parroquiales, de contribuir a la colecta dominical, y de pertenecer a una (o mejor más) de las asociaciones parroquiales piadosas? o ¿el mensaje universal de Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, requiere una respuesta más radical del corazón del hombre? Y si es del corazón del hombre, ¿quién es capaz de predecir cómo va a ser esa respuesta?

Hemos tomado el pasado como ideal devotamente esperando la incorporación a la vida parroquial como señal visible de la respuesta del hombre a la Palabra Salvadora. Vida parroquial con todo lo que la frase implica. A la vez, hemos reconocido que para aquellos que viven tan lejos del templo parroquial hay una excusa por no poder cumplir con todo. Pero esto con cierta reserva mental, ciudadanos del Reino, pero ciudadanos de segunda categoría, por razones de geografía. Pobrecitos —no es su culpa que vivan tan lejos, que la parroquia sea tan grande—. Tal vez algún día en el futuro, habrá suficientes curas para mandar uno a esa área tan lejana. Y mientras tanto, Dios les va a cuidar, (hablando de dualismo . . .).

¿Hemos reconocido también que existen a la vez, otros tipos de distancia —no geográfica, sino distancias culturales, raciales, políticas? Será que queremos imponer un acondicionamiento absoluto en todos aquellos que buscan entrar en el Reino? ¿Permitiría el Reino que existan diferencias entre los que son miembros? O ¿serán todos altos, pelirubios, con ojos claros (como Jesús, por supuesto) y de la misma política y economía?

La plena realización no solamente es una afirmación intelectual, verbalizada en conceptos de la tradición europea, sino una afirmación cuya expresión viene del corazón de cada hombre y encuentra expresión en la vida del hombre. Que cada hombre entre en una relación de los miembros de una familia, que cada hombre reconozca a Dios como un Padre que a través de su historia personal ha demostrado su amor para sus hijos. Que reconozca cada hombre que tiene un Credo personal, escrito con los acontecimientos de su propia historia de salvación, un credo no escrito en términos filosóficos y ajenos a la vida, sino escrito en letras de carne y hueso, letras humildes y corrientes, pero a la vez, divinas, letras que demuestran la encarnación de nuestras vidas. (Hemos perdido la importancia de la Encarnación, y hemos traducido la acción de Dios en filosofía ortodoxa, aceptable a todos los hombres. Quiere decir, a todos los hombres que han aceptado pensar de manera occidental, europea). La conciencia de que Dios me ama y que actúa en mi vida —la historia de mi salvación— mi credo personal— me exige una respuesta. Pero si esa palabra está presentada en términos no inteligibles, ¿cómo puedo responder? Parece que Dios exige de los hombres menos de lo que nosotros exigimos unos de otros. Dios habla a cada uno y le escucha hablando en su propia manera. Pero nosotros limitamos las maneras de responder, y descartamos esas respuestas que encontramos fuera de lo que hemos llamado "auténtico", "legítimo", u "ortodoxo".

Si de veras pretendemos acompañar a *todos los hombres* a su plena realización, tenemos que repensar en qué consiste una respuesta, una realización del hecho de que son hijos de Dios, hermanos en Cristo y dueños de su historia. Y si en el pasado hemos limitado la posibilidad de responder a una iglesia estructurada según un sólo sistema con ministros formados en un estilo que puede ser ajeno a la mayoría del pueblo, ¿nos es sorprendente que ese pueblo tenga dificultad en responder según nuestras categorías?

No debemos protestar que hemos tenido éxito —así citando los grandes números de sacramentos administrados, o los movimientos que demuestran una vitalidad dentro de la Iglesia. Hemos tenido éxito en parte, porque Dios ha tomado nuestros esfuerzos y los ha bendecido con éxito —pero no tanto como uno imaginaria, tampoco. En números, la Iglesia ha seguido en crecimiento —pero en un dato que tiene una explicación parcialmente demográfica. La expansión de la Iglesia se comprueba en esas áreas del tercer mundo donde la tasa de nacimientos es la más alta —y precisamente en el tercer mundo donde las categorías mentales europeas no han sido ni son las categorías del pueblo. Por eso, encontramos un mundo "Católico" bautizado. Reconocemos que la mayoría de ellos no han sido evangelizados. ¿Por qué? ¿Nuestros antecesores eran menos dedicados a la evangelización? O ¿quizás será que hasta hoy, al pueblo se le ha dificultado responder al evangelio porque exigíamos una respuesta en formas culturales ajenas al pueblo, o a una estructura que no existía? ¿Cuántas personas de Latinoamérica, por ejemplo, son capaces de responder al anuncio evangélico por asistencia dominical, o por pertenecer a una comunidad (realmente inexistente) o por una aceptación intelectual a una presentación evangélica que para ellos carece de sentido?

La realización plena, entonces, tiene que ser la respuesta al evangelio, una respuesta personal que provenga del corazón del pueblo, y no juzgado por las categorías del mensajero, dentro de las capacidades y la situación histórica de ese mismo pueblo.

En tiempos pasados la respuesta exigida al mensaje por la Iglesia clerical no era coherente con la realidad y la respuesta exigida por esa realidad.

Desde la re-definición de la Iglesia en el Vaticano II, ha evolucionado una crisis de identidad, llamada "sacerdotal". Parece que la nueva visión de la Iglesia ha despistado a ciertos agentes de la Pastoral, y ha puesto en duda su concepto del ministerio. Aquí en la diócesis de Huehuetenango, experimentamos esta crisis (¿quién no la ha experimentado?) Pero, parece que es más amplia que una crisis sacerdotal. Parece que es una crisis eclesial. Los chinos, al escribir la palabra "crisis" utilizan los caracteres para *paso* y para *atrevido* o *peligroso*. Creo que la crisis eclesial que experimentamos es a la vez y exige de nosotros "un paso atrevido". En el caso de estos nuevos ministerios, este "paso atrevido" agudiza en parte la situación de duda, temor, ansiedad. Pero el Evangelio no es para avestruces sino para hombres y mujeres atrevidos, que se arriesgan por Jesucristo.

Pretendo presentar mi visión de una realidad y de una respuesta a esa realidad. De todos modos, yo, como sacerdote formado en la época anterior al Vaticano II, por fuerza mayor, tengo una visión sacerdotal. (Hecho que me ha indicado a mí un compañero laico después de haber leído la copia borrador de este análisis). No es la interpretación (ni puede ser) del Señor Obispo de la Diócesis, cuyo entrenamiento, cuyo cuadro mental, es diferente. Ni es la interpretación de los laicos —cuya formación les ha dado otro cuadro mental todavía—. Lo ideal sería tener un conjunto de todas esas visiones para poder adecuadamente delinear la realidad global.

Si interpretamos la Iglesia como sociedad clerical destinada por Jesús a salvar el mundo, nuestra predicación tendrá por fin una respuesta determinada, una respuesta que cabe dentro de un marco clerical. La respuesta al Evangelio tendrá que ser una respuesta dentro de un sistema clerical. Pero, si aceptamos la nueva definición de la Iglesia propuesta por el Concilio Vaticano II, la respuesta al Evangelio no puede ser condicionada por una mentalidad específica (léase 'clerical') pero, por ende ha de ser una respuesta libre e incondicionada. Tiene que ser una respuesta "eclesial".

La Evangelización en práctica

Con todo lo anterior como preámbulo, hablemos del proceso evangelizador como lo entendemos en la diócesis de Huehuetenango. La población del departamento (o de la Diócesis —son de la misma extensión geográfica—) es alrededor de 375.000 habitantes de los cuales 68^o/o son de la raza indígena. Entre ellos se encuentran seis lenguas distintas de la familia Maya-Quiché. Los demás habitantes son principalmente Ladinos 31.7^o/o (de sangre mestiza) con una fracción 3^o/o del porcentaje de personas extranjeras que residen en el área. Topográficamente, la región es muy variada, abarcando áreas selváticas, un desierto, áreas templadas y una porción grande de tierra alta. Además de todo esto, es una área culturalmente en proceso de transición. Más del 50^o/o de la población tiene menos de 20 años de edad. Aún en las áreas más tradicionales, los jóvenes expresan en maneras culturales su insatisfacción con el orden social establecido. Uno también tiene que tomar en

cuenta el balance delicado del poder entre los distintos grupos indígenas y el grupo ladino que domina política y económicamente. Tiene que reconocer la existencia de una estructura social que se ha desarrollado durante varios siglos entre los indígenas mismos y que también gobierna sus relaciones con el mundo no-indígena.

Nosotros, los misioneros, pertenecemos al mundo no-indígena y por ende nuestro sistema de valores, nuestros juicios culturales, nuestra forma de entender el cristianismo son producto de una formación occidental, europea. Y, en el caso de los curas y religiosas que son guatemaltecos por nacimiento, ellos en la mayoría son extranjeros por su formación, aún al pueblo actual donde nacieron.

En el pasado, el rol tradicional del sacerdote y de los religiosos ha sido de "predicar" el evangelio por palabra y obra y como respuesta a esa predicación, esperar alguna reacción del pueblo a favor de Jesús, generalmente en la forma de una aceptación de la Iglesia Católica Romana. Después de unos siglos de tal actividad misionera, era razonable esperar el día de viabilidad de la Iglesia local, cuando esa Iglesia llegara a responder a sus propias necesidades por proveer sus ministros locales. Pero, como en el caso de muchos países de Latinoamérica, cuatro siglos después de la llegada de los primeros misioneros a Guatemala, todavía esperamos la aparición de esa Iglesia auto suficiente. Cuando el 80% del clero del país es extranjero y después de 400 años de tratar de "implantar" la Iglesia, tenemos razón para sospechar que hemos fallado en algo. ¿Será que la palabra evangelizadora que hemos estado predicando no ha llegado al corazón de los que nos han escuchado? o ¿quizás ha sido imposible para ellos responder en la forma que hemos esperado y nosotros siendo ciegos a la respuesta que el pueblo nos ha dado, hemos seguido esperando un tipo de señal del cual ellos son incapaces?

Lo que pretendemos: Hace varios años en la diócesis de Huehuetenango, —a la iniciativa del obispo— empezamos un programa de formar evangelizadores laicos. Existía un cuerpo de catequistas voluntarios que habían sido formados para enseñar el catecismo a niños y a personas recién convertidas. Generalmente eran personas aceptadas por sus comunidades locales y a la vez, personas que demostraban interés genuino en ayudar a sus hermanos. Pero, el sistema a su alcance era prácticamente del mismo desde que el Concilio de Trento publicó su catecismo de preguntas y respuestas. Para los indígenas de Huehuetenango fue considerado un paso muy significativo cuando esas preguntas fueron traducidas finalmente a las distintas lenguas indígenas. (En 1962, todavía estaba en vigor la ley que ellos tenían que aprender la oración "Señor mío Jesucristo . . ." para confesión, en español.) En el Centro Catequético Diocesano, el P. Eduardo Moore y un equipo de catequistas se dedicaron a explorar cómo presentar mejor el mensaje cristiano al pueblo de Huehuetenango. A través de entrevistas y discusiones con los diferentes agentes de la pastoral diocesana (sacerdotes, religiosos y laicos) lograron llegar a un plan para apoyar a unos de los catequistas como "Animadores de la Fe" en sus respectivas comunidades, formados según las necesidades de las comunidades y no según los modelos enseñados por una estructura ajena. El estilo de liderazgo en las comunidades rurales indígenas y no indígenas, fue estudiado. También fueron elaboradas algunas investigaciones en cuanto a las comunidades y su relación con la parroquia. Todo llevó a creer que la presencia de la Iglesia fue aceptada como una necesidad —pero una necesidad autocreada y no una necesidad como respuesta de un pueblo profundamente religioso. Por ende, nuestra evangelización no creaba condiciones para una respuesta genuina, sino para una respuesta condicionada por nuestras esperanzas.

En esos días, fue subrayada la necesidad de una evangelización para un pueblo que pudo responder según sus capacidades y no a las esperanzas de los evangelizadores. Por eso, el equipo diocesano siguió buscando maneras de preparar mejor a esos líderes o "Animadores" quienes podrían predicar el Evangelio por palabra según el cuadro mental del pueblo. Al mismo tiempo fue descubierta la necesidad de preparar a otros para servir al pueblo —en cuanto al campo social—. Esto corresponde a traducir el mensaje evangélico en obras. En dos programas paralelos, la formación de líderes locales fue iniciada.

Así fueron creados dos centros diocesanos, con sus equipos respectivos: Centro Apostólico —el centro catequético de la diócesis y Centro de Desarrollo Integral, para preparar líderes para las obras sociales de la Iglesia de Huehuetenango.

En el principio, este paralelismo servía para subrayar un cierto dualismo que penetraba nuestro pensamiento. (Pero recientemente, ese paralelismo se ha convertido en programas convergentes y complementarios, que tienen por meta la predicación del evangelio por *Palabra, Servicio y Vida*

Un Curso de Evangelización Básica. Para lograr sus fines de predicar el evangelio por Palabra, el Centro Apostólico decidió dedicarse a la preparación y la renovación de los catequistas. El "Curso de Iniciación" fue escrito para catequistas. Un curso de Evangelización Básica, que tiene una base triple: *Dios es nuestro Padre, somos todos hermanos en Jesucristo, somos responsables de nuestro mundo.* Cada base incluye dos o tres lecciones.

La primera, "Dios es nuestro Padre" empieza con la dignidad humana, pasa por una consideración del mundo en que vivimos —dones de nuestro Padre, y la comunicación —don que Dios nos dio para poder unirnos con nuestros hermanos.

La segunda, "Cristo es nuestro hermano": Cristo es la palabra de Dios, la comunicación de Dios con sus hijos, por medio de su muerte y resurrección Cristo nos ofrece la esperanza que nosotros también resucitaremos si aceptamos el desafío de morir por nuestros hermanos.

La parte final, "Somos responsables por nuestro mundo" contiene estudios del mal en el mundo y el rol del hombre en la reconstrucción de un mundo nuevo.

En el principio, la meta del Curso de Iniciación era de mejorar el contenido y la presentación del mensaje del catequista. Pero durante los siete años desde que fue escrito por primera vez, el énfasis del curso ha cambiado a ser más para el desarrollo y la formación del participante, y no tanto un curso de información de materia para ser impartida a otros.

Durante los siglos, la Iglesia ha insistido en la primacía de la Ortodoxia. Los que han errado contra esa ortodoxia han sido excomulgados —hasta el punto de ser "*excommunicatus vitandus*"— la comunicación con la persona errada había de ser evitada bajo riesgo de cometer pecado. ¿Y la caridad de Cristo, el Buen Pastor? Tal vez habíamos intelectualizado demasiado la Fe. Perdimos en el proceso la importancia de la "ortopraxis" por haber insistido demasiado en la ortodoxia.

Tratamos durante el curso de crear un ambiente para facilitar que los participantes tengan un encuentro con Cristo viviente en sus comunidades, y como respuesta a ese encuentro que opten por servir a la comunidad en alguna capacidad, con algún ministerio específico. Al final del curso, mostramos a los participantes unas de las posibilidades abiertas a ellos para servir —que sea de Promotor de Salud, Promotor Social, Promotor Agrícola, Maestro de Educación Básica, Comadróna, Catequista o Animador de la Fe, o Maestra Auxiliar de Promoción Femenina. En caso de no sentir vocación a uno de estos campos, son libres de buscar otros campos

de servicio a la comunidad —hasta que sea por medio del buen ejemplo de vida cristiana.

Existe entre la gente rural de Huehuetenango una fuerte dicotomía entre mundo y espíritu, entre alma y cuerpo. Parece ser una herencia de sus antepasados Mayas quienes vivieron dentro de un mundo gobernado por los caprichos de los dioses, un mundo en el que lo importante sobre todo era complacer a los seres sobrenaturales a cualquier costo humano. El hombre Maya del siglo XX es sumamente religioso —y aún al extremo de interesarse en un mundo "espiritual" sin que le importe el mundo "natural".

Además de esta dicotomía, existe otra mentalidad que rige en contra de una participación activa en la obra salvífica de Dios entre su pueblo. Observe cualquier ceremonia Maya y verá que los roles del celebrante y de los observadores son extremadamente separados. Y esto hasta el punto en que el observador no tiene que interesarse en lo que hace el celebrante. Lo importante es que la ceremonia (sea lo que sea) se efectúe. La asistencia o participación de los observadores aparentemente es un factor relativamente no importante. Parecen ser autores del concepto "ex-opere operato". Por eso, es difícil interesar a las personas para tomar parte activa en la obra salvífica de la comunidad.

Como indiqué, en el principio los cursos y los programas del Centro Apostólico y del Centro de Desarrollo Integral fueron elaborados aparte, creando aún más este dualismo prevalente en la sicología popular.

Pero en los últimos años, hemos tenido un intercambio de los miembros de los dos centros, y compartimos en general la planificación y programación diocesana. Colaboramos en los cursos de preparación para formación de líderes. Vemos el curso de Iniciación como un primer paso para personas que desean servir a la comunidad. Por eso, no ofrecemos el curso "para catequistas" sino para cualquier persona interesada.

La respuesta a la Palabra: Después de haber tomado este Curso de Iniciación (Evangelización Básica), los participantes regresan a sus comunidades, donde procuran en la forma que sean capaces y según las necesidades de la comunidad. Después de unos diez meses, por lo menos, estas personas reciben invitaciones para participar en cursos según sus inclinaciones: medicina, agricultura, desarrollo de la comunidad, educación básica, y de catequistas.

Si optan por seguir en la catequesis (con un ministerio en el rol profético) los participantes asisten a otro curso cuya base es la Palabra de Dios: en las Escrituras y en los acontecimientos del mundo de hoy. Reciben, a la vez, entrenamiento en ceremonias paralitúrgicas de la Palabra, como dialogar, técnicas de discusión en grupos, etc. Todo esto con la esperanza de que el participante regrese a su comunidad natural para ayudar a su gente a entrar en contacto y en relación con la Palabra de Dios, y meditarla en relación a su vida diaria. Si optan por ayudar a la comunidad en el campo social, o de medicina, o de agricultura, o de educación básica, también hay cursos especializados en esas líneas. Estos cursos siempre tienen por orientación la preparación de personas que suministrarán a las personas de la comunidad. Son una preparación de personas evangelizadoras, de nuevos ministros del evangelio.

Así, pretendemos crear —según las necesidades de la comunidad— un equipo de ministros que colaborarán en predicar el Evangelio por Palabra, Servicio y Vida.

La Comunidad Eclesial de Base: Nuestra visión de la Comunidad Eclesial de Base se podría expresar así:

Cuando la comunidad cumple con la misión triple de Cristo, de Profeta, Pastor

y Sacerdote, lo hace según sus propias formas de Palabra, Servicio y Vida. Existen dentro de la comunidad personas quienes predicán por Palabra (Animadores, Delegados, Catequistas). También, hay personas quienes predicán por su servicio a la comunidad (Promotores de Salud, Promotores Sociales y Agrícolas, Maestros bilingües, Comadronas, Maestras auxiliares, etc.) Y hay personas que predicán por el buen ejemplo de sus vidas. Si algunos de estos tres elementos (Palabra, Servicio y Vida) no existe en la comunidad, la configuración de los tres círculos (de arriba) desaparece y el triángulo céntrico (Cristo) desaparece del mensaje. Lo ideal será que los tres círculos converjan hasta que sean un círculo y todo queda sometido a Cristo (I Co 15,28). Ese será el día de la Parusía, el "punto Omega" de que habla Chardin. Nuestra oración, entonces, es con Juan, "Maranatha".

Unas comunidades no necesitan buscar a ciertos ministros —por ejemplo— de salud en el caso de una comunidad urbana que tiene hospital con doctores y enfermeras en asistencia. Para asegurar que el ministerio corresponda a una necesidad de la comunidad (y no solamente a un deseo personal del individuo para más estudios) pedimos como requisito que la comunidad misma sostenga al individuo y su familia durante el período del curso. Esto asegura, también, que el individuo sea un verdadero representante de us comunidad. En los casos en que el párroco ha hecho la selección sin haber consultado con el pueblo, la falta de apoyo de la comunidad ha sido notable, y como consecuencia general, el fracaso del individuo en ese ministerio es notorio.

Esperamos —en esta línea— ayudar a las comunidades a ser viables en cuanto a sus necesidades, y así responder al contenido evangélico que Dios es nuestro Padre, somos todos Hermanos en Jesucristo y somos dueños de la historia.

Unos problemas experimentados: Existen ciertos peligros y trampas en que hemos caído en el pasado y aún hoy día. Hay una tendencia fuerte de reconocer toda la autoridad de los nuevos ministerios, y creer que ellos son como una máquina de "moción perpetua", dejándoles encontrar su propio camino. Los que se dedican al servicio de sus hermanos necesitan ayuda periódicamente para seguir con sus estudios, abrir nuevos horizontes, etc. Para lograr esto hemos propuesto cursos breves semi-anales, cursos de seguimiento. También, sugerimos a los párrocos que visiten y apoyen a sus colaboradores en las comunidades pequeñas. Como equipo diocesano, nosotros participamos en las reuniones de estos ministros a nivel parroquial o inter-parroquial cada cuatro meses. En estas reuniones escuchamos los éxitos, problemas y fracasos que han tenido, y damos la oportunidad que sus compañeros les ayuden en la solución de sus áreas problemáticas. Pero, no basta con la preparación de los ministros. Un proceso simultáneo ha de acompañar esta preparación —la concientización de la comunidad—. Formados en el modelo eclesial en que la única voz de autoridad y responsabilidad era la del párroco, los fieles (de nuestra diócesis, por lo menos) tienen dificultad en aceptar fácilmente un nuevo modelo de Iglesia. Por eso, una preparación de la comunidad debe acompañar al proceso, para que la comunidad conscientemente acepte y responda a sus obligaciones de ser autosuficiente.

Debido a lo que podemos llamar un "contra-valor cultural", hemos tenido que proceder en esta línea con cautela especial. Los antropólogos e historiadores nos dicen que el Imperio Maya de la Edad Clásica (900-1200 DC) tenía por matiz una jerarquía de autoridad y dominación por poderes. El Maya de hoy demuestra una fuerte tendencia a utilizar su autoridad para mandar. El concepto de "noblesse oblige" no ha sido muy desarrollado en el mundo Maya de hoy. Por eso, una parte

de la preparación del individuo tal cual de la comunidad es un desarrollo del concepto del ministerio como servicio a la comunidad.

A la vez, un proceso de concientización ha sido necesario e indispensable para los agentes pastorales para que aceptemos como hermanos a aquellos que se dedican a nuevos ministerios. También tenemos que aprender a trabajar con ellos sin aplastar su iniciativa y sin quitarles sus derechos. Tenemos que aprender a ser coordinadores de los coordinadores, ayudándoles fraternalmente cuando lo necesiten y retirándonos cuando nuestra presencia obstaculiza su crecimiento o el de la comunidad cristiana.

En la diócesis de Huehuetenango, hoy (al final del año de 1975) existen alrededor de 700 de estas pequeñas comunidades de la Palabra, Servicio y Vida (o si quiere, comunidades de Fe, Culto y Amor). Unas de ellas tienen su equipo de ministros ya formado, pero otras están en camino de responder a sus necesidades por medio de sus propios ministros. Tomamos el ejemplo de la parroquia de San Antonio Hista. Dentro de la parroquia, hay 24 comunidades, la mayoría de las cuales tiene un equipo ministerial. Generalmente hay Promotores Sociales (dedicados al desarrollo social de la comunidad), Promotores Agrícolas y de Salud, Comadronas y mujeres dedicadas a la promoción femenina y Animadores de la Fe, con otros catequistas que trabajan en la predicación verbal de la Palabra.

Entre el equipo comunitario hay una reunión mensual y entre todos los equipos de la parroquia una reunión semi-anual. En la reunión semi-anual, asisten a veces hasta 200 de estos ministros. Es un tiempo de motivación y de discusión. El párroco y unos miembros de los equipos diocesanos asisten —no como dirigentes—, sino como co-trabajadores y coordinadores, por razón de su visión más amplia —de la parroquia o de la diócesis—. En una reunión reciente, el tema de discusión era cómo manejar mejor la caja común —un fondo común derivado de aportes de la comunidad y destinado al uso de los más necesitados—.

Las reuniones semi-anales en San Antonio Huista duran dos días, en un ambiente fraternal y de convivencia. A veces hay una Eucaristía concelebrada por los presbíteros, y a veces una celebración de la Palabra dirigida por uno de los Animadores de la comunidad. Reparten el pan, el maíz y los frijoles donados por las comunidades para el sostén de sus ministros. Y comparten al mismo tiempo sus tristezas y sus alegrías en el trabajo.

Debido a los grandes números, es imposible tener una reunión *diocesana* de todos los ministros al mismo tiempo. Por eso, tenemos reuniones locales con todos ellos, y reuniones diocesanas semi-anales de todos los que trabajan dentro de cada campo determinado.

Todo esto implica un trabajo enorme de coordinación y seguimiento. Por eso, tenemos un centro diocesano de coordinación, compuesto por el obispo como coordinador de la Iglesia diocesana y por los equipos del Centro de Desarrollo Integral (corresponde a la coordinación de ministerios de acción social, de educación básica, agricultura y promoción femenina), a los directores del programa médico de la diócesis (corresponde la coordinación de los Promotores de Salud y comadronas) y a Centro Apostólico (corresponde la coordinación de los ministerios en la línea profética). El centro de coordinación de los ministerios incluye el trabajo tiempo completo de alrededor de 15 personas —sacerdotes, religiosos y laicos. Con tanta estructura y trabajo de coordinación existe el peligro de perder la vista desde la base. Por eso, una parte importante del trabajo de los coordinadores diocesanos es volver periódicamente a la base para vivir dentro de la problemática del mundo de la

comunidad. Pretendemos esto por medio de visitas de dos o tres miembros del equipo por unos días a una de las comunidades. En cualquier momento, unos miembros del equipo coordinador se encuentran en las aldeas lejanas, visitando, compartiendo el pan de los pobres y gozando de la convivencia y de la fraternidad brindada.

En estas visitas, tratamos —donde sea posible— vivir de lo que nos da la comunidad. Donde eso no es posible o donde sería una inconveniencia muy grave para la comunidad, llevamos con nosotros lo que necesitamos para nuestro sostén.

Pero, una vez que funcione la comunidad y sus ministros le ayuden a la realización plena de su vocación cristiana, la comunidad en torno ha de volverse una comunidad no solamente de Fe, Culto y Amor, sino por el mandato de Jesús, tiene que tornarse en una comunidad misionera.

La Iglesia Local se madura: En este año de 1975, varias de las comunidades han mandado sus ministros proféticos a trabajar en el Departamento de El Petén (una distancia de 3 días de viaje por camioneta) para compartir con sus hermanos el pan de la Palabra de Dios, compartido por palabra y obra.

En la aldea Canabaj, Eulalio Gómez, un Animador de la Fe, organizó a su comunidad para hacer un viaje misionero a la comunidad de Palajachuj, en otra parroquia. Como resultado de varias de esas visitas fraternales —en las cuales dos comunidades discutieron la Palabra de Dios encontrada en la Sagrada Escritura y en sus vidas y gozaban de una convivencia. La comunidad de Palajachuj ya está preparando sus ministros de Palabra y Obra.

Julián Carrillo, un Animador Ladino de Tajumuco, al oír que sus hermanos Indígenas de la aldea Lupiná sufrían unos problemas, a pesar de enfermedad en su propia familia, caminó doce horas a pie para consolar y ayudar a esa comunidad.

Un Indígena ha defendido los derechos de su comunidad cuando una Compañía industrial les amenazó con la expropiación de sus terrenos. El, sus hijos y otros miembros de la comunidad han sido encarcelados y molestados por haber defendido sus derechos en el terreno de la comunidad. El dice: "Tengo que ayudar a mi gente. Si Jesús murió por nosotros, por lo menos, puedo aguantar unas molestias para conseguir justicia". También rechazó una oferta del equivalente de mil dólares para callarse y no decir más a sus compañeros de la injusticia. "Este camino me puede llevar a la muerte, yo sé, pero si Jesús está conmigo, no tengo miedo", dice él.

Muchos preguntan: "Y en el futuro ¿serán estos los sacerdotes?" Tenemos que responder, no sabemos. Esas decisiones están a la disposición del Espíritu. Al momento, los Animadores de la Fe tienen un papel principalmente profético y no tanto una línea sacramental. Ellos en colaboración con los ministros de la comunidad, ayudan a sus compañeros a realizar plenamente el mensaje evangélico. Los Animadores predicán y distribuyen la Comunión. Visitan a los enfermos. Pero otros servicios sacramentales no han prestado. La razón es esta —tenemos un pueblo sobresacramentalizado. Para evitar el sacramentalismo, hemos tomado una postura de espera. Algunas comunidades están empezando a pedir bautismos, matrimonios, etc. Cuando la comunidad ya responda por la preparación de esos acontecimientos sacrales de la vida Cristiana, y se responsabilice por las personas que recibirán esos sacramentos, el momento habrá llegado para que sus ministros sean los ministros sacramentales. Apurar este proceso puede dar la idea de que los Animadores de las comunidades no son más que una extensión del brazo sacramental del sacerdote. En realidad, la relación entre la comunidad pequeña y la Iglesia universal ha de ser

un camino de doble vía. El animador debe ser representante de su comunidad hacia la Iglesia jerárquica y de esa Iglesia hacia la comunidad Eclesial de Base.

La Identidad Ministerial: En esta línea de identidad ministerial, hemos creado un problema. Con estos nuevos ministerios que han surgido, ha surgido una duda del rol del sacerdote. Los seminaristas se han mostrado preocupados y confusos, algunos presbíteros han expresado su incertidumbre de la naturaleza del programa. Al momento, siguen en dos líneas paralelas —el programa de nuevos ministerios, y el programa tradicional de buscar vocaciones sacerdotales y religiosas del pueblo. Algún día en el futuro, las líneas tendrán que unirse. Pero cómo va a ser, no sabemos ahora.

En este artículo hemos subrayado la importancia de los ministerios entre los laicos. Esto ha sido para enfatizar la globalidad del mandato de Jesús de ir a predicar. No ha sido nuestra intención disminuir ni quitar la importancia de un programa para suscitar vocaciones sacerdotales y religiosas. Tales programas son necesarios e imprescindibles para el futuro de la Iglesia.

Problemas tenemos y fracasos hemos tenido (y tendremos). Pero creemos que debemos actuar aún sin la certitud de tener un éxito rotundo y completo. Ponemos nuestra fe en Dios y caminamos con incertitud. Creemos que Dios bendecirá nuestra caminata iniciada en el espíritu de fe y de confianza. Creemos que el Espíritu, quien hace nuevas todas las cosas, nos guiará por estas nuevas sendas.

Últimas Publicaciones Teológico-Pastorales

Desde nuestro primer número hemos querido brindar a los lectores la presentación de las últimas publicaciones que, en materia teológico-pastoral, nos llegan a la Redacción provenientes del mundo de lengua española. La revista, sin embargo, no pretende en ningún momento hacer suya la ideología presentada en dichas publicaciones, ni —como norma general— criticar o hacer una "recensión" de ellas. Solamente intentamos hacer una "presentación" de las publicaciones con su contenido. Por ello nos excusamos de firmar dicha presentación.

Exégesis, Evangelización y Pastoral, obra escrita en colaboración y publicada por el Secretariado General del CELAM (Col. "Documentos CELAM", n.21), Bogotá 1976. 21 x 13, 108 pp. En agosto de 1974, bajo la coordinación de la Sección de Ecumenismo, del CELAM, hubo un encuentro en la Argentina sobre temas relacionados con la Biblia. En dicho encuentro se trataron temas relacionados con la Biblia y el anuncio de la fe, la exégesis, el mundo actual, las traducciones modernas de la Biblia y el apostolado bíblico. La obra actual recoge los informes que entonces se presentaron por especialistas como Descamps, J. Mejía, B. Villegas, A. Kirk, P. O. Valdivieso, A. Levorati y A. Van der Valk.

El Sermón de la Montaña, por William David Davies. Ediciones Cristiandad, (Col. "Epifanía", n. 26) Madrid 1975. 18 x 11, 245 pp. Discípulo de C.H. Dodd y D. Daube, el autor de las presentes páginas es en la actualidad profesor de Nuevo Testamento en la Universidad de Duque (Durham, N.C., Estados Unidos). Impresionado por las tendencias de las iglesias reformadas a cerca de si el Evangelio, y más en concreto el Sermón de la Montaña, es, al estilo del Pentateuco o la Torá,